



Cézanne, un creador de sueños

Miguel Ángel Muñoz

UN SILENCIO CASI ABSOLUTO en sus primeros cuadros de Aix-en-Provence. Una pintura temporal, pero en donde el paisaje, el agua o el aire no tienen tiempo. Metamorfosis, desfiguración, figuración. Esta sorprendente complicidad le permitió a Paul Cézanne (1839-1906) una experiencia inédita: crear el itinerario imaginativo que transformó la mirada pictórica moderna.

En 1895 Cézanne confiaba a Monet: “Me revoilà tombé dans le Midi”, de donde “jamás debí alejarme para lanzarme a la caza quimérica del arte”. En un entorno pequeño, Cézanne recapitula sus vivencias artísticas y nos da la medida de su energía pictórica, sin condescendencias con su tiempo ni fáciles componendas con la destreza del viejo oficio de pintor: nunca fue un buen dibujante, ni siquiera un alumno aventajado.

Cézanne entendió bien, entre fracasos e incomprendiones amargas, la trágica verdad del arte y la

dificultad de una obra acabada que transmita originalidad perceptiva y, a la vez, nos dejó el testimonio vivo de un singular momento estético a compartir, el de Aix, el pequeño puerto de L'Estanque que avizora el golfo de Marsella, el retorno al interior, al desnudo paisaje de pinos y monte bajo, al macizo reseco de Bidemus y la persistente fascinación por la montaña mágica de St. Victoire.

Cézanne es asimismo un pintor carente de la virtuosidad de Renoir y, por supuesto, de la versatilidad de Picasso, pero que asimila pronto el secreto de la forma: “Una obra de arte es un rincón de la naturaleza visto a través de un temperamento”, como entrevió Zola. Cézanne no es, desde luego, un artista de rupturas y gestos radicales, sino un buscador de la gloria del Salón Oficial —de “una medalla como Rodin”— al que su sensibilidad orienta por derivas desusadas. Fue siempre un respetuoso de la tradición clásica, cuya sabiduría y riqueza significativa consideraba inalcanzable. Sin embargo, Cézanne es el maestro indiscutible de toda novedad artística moderna. Su arte sobrevive al tiempo porque tampoco perteneció al suyo: fue capaz de configurar por sí solo una red de asociaciones formales ideadas que describen con mirada nueva el paisaje y transfiguran los viejos temas con sorprendente actualidad.

La serie *Los bañistas* es el mejor ejemplo: de *Bethsabée* a *Grands baigneurs*. Arranca de Ingres y se transforma a lo largo de treinta años de variaciones *sur le motif* hasta llegar a *Les grands baigneurs*, un lento proceso de depuración expresiva cromática, compositiva y por supuesto narrativa. Hay un dibujo, breve apunte en grafito y acuarela sobre papel, que sintetiza

◀ Árboles de castaña en el Jas de Bouffan (1885)

▼ Paysage en Provence (1880)



en leves impresiones de color y textura el lenguaje visual del paisaje moderno. *Les grands arbres du jas du Bouffand*, las esquemáticas intuiciones de Braque, Mondrian, y los secos esbozos de Picasso en Gósol: Cézanne total.

Pintura y dibujo hablan de la búsqueda del artista para conseguir unos signos sensibles propios, que son grandes devoradores de su capacidad de comunicación. Cézanne, en ciertos momentos de incertidumbre, es donde mejor descubre la belleza extraña del paisaje, sin impertinentes pretensiones de estilo. Es sabido que Cézanne había renunciado al microcosmos formal impresionista, y abandonado con el tiempo, el brillante colorido fragmentario que captaba el instante de la naturaleza. Los paisajes maduros de Cézanne no son ya reflejos audaces de una impresión visual, sino lo contrario, arrancan de una escueta reflexión constructiva: convierte la realidad natural en un artificioso complejo uniforme.

El artista impulsó con su actividad la pintura al aire libre al distanciarse del agarrotamiento figurativo de la didáctica del museo y la rutina académica. Se impuso una idea viva de la naturaleza como realidad primera que el pintor debe refigurar formalmente sobre el lienzo. De aquí el secreto del “motivo”, ese elemento pictórico diferenciador que permite al artista delimitar un fragmento de naturaleza para trabajarlo, para someterlo a la gramática de su arte.

Cézanne se creía un realista frente a la volátil fiscalidad impresionista: en efecto, su pintura acumula detalles del mundo natural suministrados

Árboles de castaña en el Jas de Bouffan (1885-1887)





por un haz de impresiones sensoriales que más tarde deben solidificar en formas sobre la superficie plástica. A esta “práctica sublime” la llamó Cézanne “realizar el motivo”, materializándolo pictóricamente. El tejido de pinceladas que trama la obra final del artista da fe de la certeza de sus indicios. *La route de Provence* apunta gradaciones naturales de fuerte cromatismo, captadas desde Les Lauves, como la estructura, casi puntillista, de manchas de calor tardío en *Le mont de Cengle*.

La belleza se realiza —se materializa— cuando se alcanza el acuerdo entre los contenidos formales y los contenidos objetivos que se perciben en la imagen pictórica. La verdad artística procede siempre de la verdad de la naturaleza, piensa Cézanne, puesto que constituye la reproducción fiel de las impresiones sensibles en la imaginación del pintor que las transforma creativamente en formas. Visión natural y visión lógica de las sensaciones. ¡Esto es entender la naturaleza! ¿No quería ver Poussin así la pintura? Cézanne rompió el papel rupturista del realismo convencional que le heredó el impresionismo, pues disolvió los objetos en una mirada de fulgurantes fragmentos sensibles.

Las manchas de color de Cézanne jamás pueden ser neutras, no distorsiona el paisaje para generar dinámicas formales concentradas, a pesar de las pequeñas alteraciones de sus últimos años. Un destello de la naturaleza, sometida a la fuerza por una serena composición —*Paysage en Provence, Le Lac d'Annecy, Rochers dans le bois*— en el espacio plástico: bellos planos de color que enmarcan un paisaje desolador. ¿No ha sido este siempre el gran arte? ▲▲